

CAPITULO XXXV.

LOS BRÍNDIS.

Luengas horas hacia que abandonado el pueblo á sus instintos, sin que hubiera en Madrid autoridad alguna que diese señales de vida, ni hombres de prestigio que se erigieran en centro de direccion para organizar el alzamiento, daba expansion á su entusiasmo contentándose con seguir las músicas que recorrian las calles y acrecian su júbilo con esos himnos patrióticos que nunca envejecen, y despiertan siempre el amor de patria y de libertad en los corazones generosos que tanto abundan en las masas populares.

Lejos de nosotros la idea de aplaudir las escenas de horrible devastacion, hijas del furioso frenesí del pueblo, frenesí provocado por once años de insultos é inauditos desmanes, lejos de apadrinar aquellas hogueras que devoraron tantas preciosidades artísticas, el solo recuerdo de ellas nos conmueve y llena el alma de amargura.

Quisiéramos que no hubieran acontecido, y eso que vimos en ellas una gran leccion para los magnates.

Si los opresores del pueblo autorizaron con sus crímenes semejantes demasías, ellos solos son responsables de los actos de esterminio, de desolacion y de venganza que llevó á cima el vencedor.

Y el vencedor era entonces el pueblo.

No resonaba en parte alguna la voz de la autoridad.

Los desafueros de los tiranos habian sido terribles; terrible habia de ser el escarmiento.

Los escándalos habian sido públicos; pública y solemne debia ser la justicia.

Así pensaban generalmente los que mas se distinguian por su ardor entre los grupos; pero no faltaron valientes que se atrevieron á contrarrestar toda idea de sangrienta venganza, en medio del peligro á que les esponia la efervescencia de las masas.

Godinez *el Arrojado*, que acaudillaba una de las muchedumbres mas resueltas, pues se componia en su mayor parte de pobres jornaleros, desaprobó con energía los indignos escesos, á que se mostraron algunos inclinados.

Por todas partes resonaban los gritos de «¡muera Cristina! ¡muera Sartorius! ¡mueran los polacos!»

Y á cada grito de estos, respondia Godinez: «¡Viva la libertad! ¡viva el pueblo soberano!» como para ahogar aquellos mueras que producian mal efecto en su corazon de verdadero liberal.

Para distraer á sus compañeros, hízoles entrar en un café, á que descansáran un rato, bebiesen algo, y desahogáran su patriotismo en alegres brindis.

—Es preciso buscar á los ministros, y arrastrarlos— gritó uno.



—Sí... ¡á buscarlos!... ¡Mueran los ladrones! —añadió otro.

—¡A buscarlos!... ¡Mueran! —gritaron muchas voces alentadas por los primeros sorbos del ponche.

—Todo eso es inútil, —dijo don Anselmo Godinez. —¿Creeis que serán tan necios que aguarden á que les saqueis vosotros de sus casas?

—Si no están ellos, incendiaremos sus muebles... todo lo que han robado á la nacion.

—Calmaos, hijos míos —repuso Godinez. — Si han puesto en salvo sus personas, tambien habrán procurado hacer lo mismo con sus riquezas.

—Vamos á sus casas y lo veremos. Si les encontramos, les fusilamos en el acto; sino, pegamos fuego á sus palacios.

—Sí, sí, ¡mueran los polacos! —gritaron la mayor parte y se aprestaban á emprender su marcha, cuando el honrado Godinez subiéndose en una mesa gritó en tono solemne:

—¡Ciudadanos!

A esta voz se pararon todos de repente, y guardando el mas profundo silencio, escucharon á su gefe con respetuosa atencion.

Don Anselmo prosiguió:

—Hemos empuñado las armas para llevar á cima una revolucion gloriosa, y no debemos soltarlas hasta ver cumplidos nuestros deseos, que son los deseos de la nacion entera. (*Grandes aplausos*). Nos hemos lanzado á la lucha para recobrar todas nuestras libertades, todos nuestros derechos tan inicuaente escarneidos y pisoteados por los hombres de la moderacion. (*Aplausos*). Se nos asegura que el ministerio conculcador ha caido ya bajo el peso de la execracion universal. (*Frenéticos aplausos y vítores á la libertad*). ¿Qué nos falta ahora? Un buen gobierno que consulte la

voluntad nacional y rija con arreglo á ella. La voluntad nacional reclamará sin duda que se reunan Córtes autorizadas para constituir al pais con arreglo á los adelantamientos del siglo. Que no sea una ridícula farsa la responsabilidad ministerial. (*Bien, bien*). Que no se usurpe la justicia divina cercenando la existencia del hombre en el cadalso por criminal que sea. La aplicacion de la pena capital debe abolirse.

—Si señor —interrumpió uno de los mas entusiasmados jornaleros; —pero eso ha de ser cuando hayamos visto fusilados á los gefes de la polaquería.

Esta observacion fué acogida por generales aplausos y risas de aprobacion.

—Y toda vez que están probados sus crímenes —añadió el mismo jornalero —corramos en su busca para darles el castigo que merecen. ¡Mueran los polacos!

—Sí, sí, —gritaron muchos disponiéndose á partir — ¡mueran los polacos!

—¡Deteneos! —continuó Godinez. —Para reclamar la soberania del pueblo, para reconquistar nuestras holladas libertades, para pedir la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, para tremolar el estandarte de la regeneracion, es preciso que estén limpias nuestras manos de toda mancha de sangre. Seamos los salvadores de la patria; pero jamás asesinos, jamás verdugos, mas que sea de abominables tiranos. (*Profunda sensacion*). Si queremos que reine en lo sucesivo recta justicia en los tribunales, no empecemos por usurparles sus derechos. Si ha de estallar una lucha entre españoles, entre hermanos, no seamos nosotros los que tomemos la iniciativa. Basta que conservemos nuestro imponente aspecto, para anonadar á los tiranos. (*Aplausos*). No derramemos

sangre española; no cometamos el menor exceso que pueda amancillar la mas santa de las revoluciones. (*Bien! bien!*) Si se nos hostiliza, si se nos ataca, se nos encontrará en nuestros puestos. (*Si! si!.... Frenético entusiasmo*). Entonces ya no será nuestra la responsabilidad si corre sangre á raudales. No lo dudeis, ciudadanos. Haya ó no haya lucha el triunfo de la libertad es seguro. (*Prolongados aplausos*). ¡Brindo por la libertad de España, por la libertad del universo entero!

Inmenso fué el efecto que produjo la sentida improvisacion del honrado y respetable arquitecto.

Renuncióse al deseo de allanar las casas de los ministros polacos y mucho mas á la idea de una sangrienta venganza.

Mas ¡ay! que no todas las masas del pueblo habian podido oír la sencilla y convincente elocuencia del digno padre de María, y mientras este virtuoso ciudadano conducia á su gente por la verdadera senda de la gloria y del honor, otros grupos desenfrenados, sin mas guia que el deseo de castigar á sus opresores, y el instinto de una venganza provocada por tantos años de humillaciones, dirigiéronse, como hemos empezado ya á relatar en uno de los anteriores capítulos, á las suntuosas moradas de los ministros caidos, para perpetrar en ellas los espantosos actos de feroz justicia que con dolor de nuestro corazon hemos descrito.

Estos actos, por severos que fuesen, eran dictados por un espíritu de alta moralidad y de odio á los grandes criminales.

Los ejercia el pueblo soberano cuando todas las autoridades se escondieron y permanecieron mudas de espanto muchas horas, para levantar luego la voz con nuevos insultos en los decretos de exoneracion de los estigmatizados ministros, de consiguiente, aunque tremendos, no eran actos que autorizasen á la agonizante

chusma de aventureros, á cebarse en la sangre del vecindario de Madrid.

El grupo que acaudillaba don Anselmo *el Arrojado*, ignoraba lo que estaba aconteciendo en la plazuela de los ministerios y otros puntos, y aguardaba *pacíficamente*, merced á los nobles consejos del respetable Godinez, el completo triunfo de la moralidad.

Este hermoso triunfo se daba ya por positivo, y esto esplica la indefinible alegría que respiraban los honrados vecinos de Madrid. El entusiasmo que reinaba en el café, donde se servia á los concurrentes cuanto pedian, con arreglo á las disposiciones y bajo la garantia de don Anselmo, era superior á toda ponderacion.

Al aplaudido brándis de Godinez siguieron mil improvisaciones en prosa y verso que todas respiraban ese amor de libertad que el hombre de bien siente hervir en su generoso corazon, y se transforma en gigantesca hoguera cuando llega la hora del peligro.

Hubo peroratas de humildes jornaleros, que llenaron de admiracion á los oyentes, prueba irrecusable de que en ningun pais, en ninguna de las naciones mas civilizadas, hay en las clases ínfimas esa perspicacia natural de que están dotadas nuestras masas populares, que aventajan de alto punto á las de Francia y Gran Bretaña, faltándoles solo instruccion, con cuyo requisito se elevaria España en breves años á la altura que entre los pueblos civilizados le corresponde.

Además de los muchos obreros que no abandonaban á su querido protector, seguian tambien á las órdenes de Godinez varios jóvenes de distinguidas familias, y entre ellos algunos estudiantes, por lo que es inútil añadir que entre los muchos versos que se improvisaron, merecieron algunos con justicia los ardientes aplausos con que fueron recibidos.

Citaremos los siguientes ejemplos.

Uno de los estudiantes dijo:

Abajo el vil, el insano
conculcador de la ley!
Caiga el que prefiera un rey
sobre el pueblo soberano!
Ya no sufre el pueblo hispano
la inicua arbitrariedad.
Amigos, á la igualdad
homenaje de amor rindo;
y con entusiasmo brindo
por la santa Libertad.

El simpático Manuel, hermano de María, declamó con enérgica espresion el siguiente

SONETO.

Luengos años opreso... ¡qué mancilla!
Lamió el leon de España su cadena!
Mas ya ruje!... Ya eriza la melena!...
Ya el rayo vengador en su ojo brilla!...
Pueblo del dos de mayo, tú en Castilla
Cortaste el vuelo al águila del Sena.
Lánzate en julio á la sangrienta arena!
Salva á la heroica patria de Padilla!
Al huracan de popular encono
Sucumba el conde, que alcanzó villano
De la moderna Borgia impuro abono!
De hoy mas si empuña el cetro algun tirano,
Verá trocársele en cadalso el trono,
Y en juez supremo el pueblo soberano.

Con grande alboroto fueron recibidas las precedentes composiciones; pero la que escitó generales risotadas y mereció los honores de la repetición, por haberlo así solicitado el concurso en medio

de estrepitosos aplausos, fué la que con mucho despejo y naturalidad pronunció un sastre, en estos términos:

Salten por fin los ladrones
del poder que han usurpado,
cual de un chaleco apretado
suelen saltar los botones!
Después de tantos millones
como han juntado en la sisa,
se irán á París deprisa
por temor á las bullangas,
y haciendo un corte de mangas
nos dejarán sin camisa.

Con los dedos sin dedal
han descosido la Hacienda
cual si fuera vieja prenda,
para estraer su caudal;
han hecho en ella un hojal
tan atroz y tan tremendo,
que segun yo lo comprendo
producirá mil desastres,
y han de ser muy buenos sastres
los que la echen un remiendo.

La duquesa nos estruja
con furor napolitano,
y por robar, mete mano
por el ojo de una aguja.
En ser sastre de esa bruja
cifro yo todo mi empeño;
veré mi dorado ensueño,
toda mi ambicion cumplida
al tomarle la medida
con recio y ñudoso leño.

¡Abajo ya esas lumbreras,
figurines moderados,

que todos están cortados
por unas mismas tijeras!
Sus doctrinas embusteras
son respuntes de imposturas.
¡Abajo con sus hechuras!
No quede de ellos ni el forro;
y si en busca suya corro,
les sentaré las costuras.

A prendas de buen tamaño,
señores, no hay que hacer dengues,
pues lucen sin perendengues
ni añadido alguno extraño.
Cuando es finísimo el paño
y lo pregonan mil ecos
¿para qué añadirle flecos
que destruyan su bondad?
¡Brindo por la libertad,
pero limpia de embelecios!

La hilaridad de los concurrentes había llegado á su colmo, cuando de repente fué interrumpida por los gritos de un nuevo grupo que invadió precipitadamente el café.

— ¡Traicion! ¡traicion! — resonaba por todas partes.

— ¡Venganza! — gritaban iracundos los recién llegados.

— ¿Qué es esto, ciudadanos? — preguntó don Anselmo Godínez.

— La tropa acaba de romper el fuego contra una multitud de paisanos indefensos.

Y el que esto dijo, continuó relatando el trágico suceso de que ya hemos dado conocimiento á nuestros lectores.

— Pues ellos lo quieren — gritó Godínez temblando de ira — haya lucha; pero lucha tremenda en que hemos de reconquistar nuestros derechos, ó morir en la demanda. Sí, ciudadanos libres:

primero morir que volver á ser el ludibrio de los tiranos. ¡A las armas!

— ¡A las armas! — gritaron todos.

Unos cargaron sus fusiles, otros sus escopetas ó carabinas, otros desenvainaron los sables, otros blandian sus lanzas, y todos arrojaban de los iracundos rostros destellos del fuego patrio que ardia en sus corazones.

— ¡Viva la libertad! ¡Viva el pueblo soberano! — gritó Godínez, y repitiendo todos estos sacrosantos gritos con fervoroso entusiasmo, se lanzaron precipitadamente á la calle.

